

LUCAS LÓPEZ BARALLI, LA AGREGACIÓN DE TERRITORIOS DE LOS ÚLTIMOS REINADOS DE ESPAÑA

NOTAS, CONFERENCIAS Y DOCUMENTOS

LUCE LÓPEZ BARALT, *LA LITERATURA SECRETA DE LOS ÚLTIMOS MUSULMANES DE ESPAÑA*

En 1878, el arabista don Eduardo de Saavedra y Moragas exponía el primer esbozo coherente de la literatura aljamiada en su discurso de ingreso en la Academia de la Historia, en el que modestamente reclamaba para esta un derecho de ciudadanía bajo el manto de las letras españolas. Y ocurrió algo muy extraño porque, contra la etiqueta de tales actos, que, por lo común, revisten el tono de lo que Erasmo calificaba de *Asini qui scabunt*, la respuesta de bienvenida de don Antonio Cánovas del Castillo desautorizó la tesis del nuevo académico. Los moriscos eran un enemigo odioso que, en buena hora y necesariamente, mereció su expulsión. Un cuerpo extraño que, con literatura aljamiada o sin ella, se ofrecía incompatible con cuanto significaba la España de su tiempo y hasta la de ahora, afirmaba sin paliativos el prócer de la Restauración, insinuando que de no haberla hecho el duque de Lerma, la habría ejecutado él mismo. Y es un necesario punto de partida para comprender el semiabandono del tema morisco y de la literatura aljamiada bajo un espíritu de cuarentena, así como su silenciamiento, todo a partes iguales, en el terreno de la crítica.

El capítulo de una activa cultura islámica, persistente en la Península hasta 1614, en que fueron expulsados los desdichados habitantes del valle murciano de Ricote, tomó un nuevo cariz a partir de 1948, con la obra de Américo Castro y su valoración positiva de un pasado hispanosemítico imposible de ignorar ni de postergar, ruptura conceptual sin la cual no nos reuniríamos aquí hoy, y que puso en marcha una imparable aceleración crítica, manifestada al principio en torno a sus aspectos cuantitativos (principalmente el demográfico) por presión del general desarrollo en el momento de la historia social y económica. Se sucedieron, además, trabajos en orden más ambicioso, como el tema morisco en Cervantes o los exquisitos estudios sobre el *Romancero* o *El Abencerraje* y su significación histórico-literaria, que adeudamos a la sensibilidad de otra ilustre dama, doña María Soledad Carrasco Urgoiti, a quien seguimos llorando inconsolables.

Persistieron, sin embargo, las reticencias: la literatura aljamiada (se alegaba) es de volumen reducido (a pesar de cientos de manuscritos rescatados al enmuramiento y aún por estudiar). También, la carencia de obras maestras, un aserto de alto riesgo que, en su ligereza, olvida el hallarse por medio una maduración de la sensibilidad que toma su tiempo, y que solo de muy poco acá da sus primeros pasos. Recuérdese si no el ejemplo de *La lozana andaluza*, elevado en las últimas décadas de una avergonzada proscripción a figurar en la plana mayor del período clásico. Autores como el misterioso Mancebo de Arévalo o el anónimo exiliado de Túnez, entusiasta catador de los grandes poetas barrocos, comienzan a asumir hoy una alta cotización como valores independientes.

Y, por fin, al día de hoy “se respira mejor”, como decía don Juan Tenorio, aunque ello nos haya llevado más de un siglo. Lo hace ahora a la vista de una aportación bibliográfica técnicamente perfecta, dechado de solidez y rigor metodológicos, así como de creadora profundidad crítica. Estamos ante el testimonio de toda una vida estudiosa, mantenida más allá de las desvirtuaciones, bandazos y evasivas del pasado, hasta el punto de marcar un compromiso ético, es decir, lo que su autora califica como un punto de vista “cómplice y fraterno”, al extremo de lo que Mercedes García Arenal llamaba hace unos años la “timidez interpretativa”, que parecía congénita con dicha materia morisca. Se halla aquí incorporado todo el previo laboreo crítico, desde sus primeros escarceos positivistas hasta la reciente movilización en torno a sus aspectos antropológicos y post-coloniales. Y quede a la vez reconocida la entidad axial del laboreo en torno a la religiosidad sellada de sufismo de aquel pueblo, vasto tema iniciado (pero nada más que eso) por don Miguel Asín Palacios, y acerca del cual los avances aquí aportados han sido sencillamente espectaculares.

Llega, pues, el momento de dar lo suyo a *La literatura secreta de los últimos musulmanes de España*, el libro de la profesora puertorriqueña Luce López-Baralt, que relega a un carácter de prehistoria todo el previo discurso crítico de nuestra cultura aljamiada. Hija de la sección de español del Departamento de Lenguas Románicas de la Universidad de Harvard en unos años dorados, no fue, contra lo que muchos creen o suponen, alumna mía, pues yo llegué allí y trabé su conocimiento justo cuando ella acababa de doctorarse.

Nuestra relación ha sido larga y estrecha, pero no de maestro a discípula, sino más bien consecuencia de lo que yo definiría como una armonía preestablecida en cercanía a comunes inspiradores, como fueron Raimundo Lida (director de la tesis de ella) y el entrañable Stephen Gilman. Una afinidad que abarca desde nuestro interés en el legado cultural hispanosemítico hasta el compartido amor a la compañía de felinos. Solo que detrás de Luce no únicamente se halla Harvard: está también Puerto Rico. Y siendo también de aclarar que tanto ella como su esposo, Arturo Echavarría, recibieron las más tentadoras ofertas del mundo académico estadounidense, pero ni por un momento pensaron en alejarse del compromiso afectivo con su isla natal. No lo hicieron (sepan cuántos) por simple nostalgia ni falta de ambiciones, sino por fidelidad a la noble tradición cultural de la isla, en su rica personalidad hispánica, pero a la vez también y sin conflicto, africana y amerindia, del mismo modo, que partícipe del internacionalismo caribeño como tierra de mestizajes lo mismo étnicos que del arte y del espíritu si alguna vez los ha habido. Algo que el rudimentario pragmatismo anglosajón no ha llegado a comprender después de un siglo, ni comprenderá nunca, pero una viva herencia que también nosotros, los peninsulares, distamos de conocer bien por efecto de una desidia de siglos.

Y ahora precisa hablar del libro, con sus secciones inéditas y las notas y artículos revisados y puestos al día, con bibliografía e índices que suponen un alarde tipográfico de la Editorial Trotta. Muy en especial la clase de logro (precisa decir) que lo proyecta a las antípodas de un libro de moda. Torneado y completísimo, pero ajeno a la trampa que es toda tentación de *name dropping*, y que merece la más frondosa láurea por no cumplir con el requisito canónico de dar con alguna manera de deslizar la cita de Derrida, que maldito lo que sabía de moriscos ni de nuestras cosas, como tampoco del acostumbrado alarde de terminología innecesaria, aireada nada más que por el prurito de complicar las cosas. Una gran preocupación con todo lo relativo a la mujer, pero que no se deja etiquetar bajo la estridencia de un feminismo que a veces no se muestra sino inversión del machismo más caricaturesco. Tarea ejemplar de sistematización de la diversificada problemática del pueblo morisco, en alejamiento de ningún reduccionismo político ni religioso. Lo mismo que al otro extremo de los que ahora se proclaman

estudios culturales (como si se tratara de un descubrimiento) por su mera cargazón de radicalismos y sin otra base, en multitud de ocasiones, que un vociferado compromiso ideológico.

No, pues, un libro de moda sino un libro clásico, que junto con el Congreso que se acaba de celebrar en Granada, a cuenta de la institución El Legado Andalusí, cierra una larga etapa de medias tintas e indecisiones para abrirse, prometedor, a un futuro muy distinto del vasto fenómeno aljamiado. En todo momento, la clara y sobria elegancia de la mejor prosa académica, tan representada en nuestras letras y a la que no se suele atender en su naturaleza de género como otro cualquiera, pero tal vez más difícil (erasmistas, Fray Luis, Jovellanos), resucitado por filólogos (Menéndez Pelayo, Amado Alonso, ambos Lida, Américo Castro) y poetas profesores (Dámaso Alonso, Pedro Salinas, Jorge Guillén). Y, junto a ello, para contraste, la despersonalización que se impone como un manto gris a casi toda labor crítica anglosajona.

Compartimos aquí todos un momento feliz con la autora, porque su apuesta, tan limpiamente ganada, ha sido siempre también la de cuantos nos buscamos, insatisfechos y a toda costa, en nuestra propia historia, y *La literatura secreta de los últimos musulmanes de España* nos alumbrará con generosidad el camino. La exuberante vitalidad intelectual de los hijos de Puerto Rico nos enriquece hoy a todos con la botadura y puesta en alta mar de una escuela de estudios aljamiados con la que Luce López Baralt y su trabajo heroico nos permiten afirmar, con más razón que nunca, que Boabdil era tan español como Isabel la Católica.

*Francisco Márquez Villanueva
Casa de América, Madrid*